

Javier Sádaba

La religión al descubierto

Herder

Diseño de la cubierta: Purpleprint creative

© 2016, Francisco Javier Sádaba

© 2016, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-3822-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Imprenta: XXXXXXXXXXXX

Depósito legal: B-XXXXXX-2016

Printed in Spain – Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

PRIMERA PARTE

1. PRESENTACIÓN	II
2. LO RELIGIOSO	17
3. LAS CREENCIAS RELIGIOSAS	27
4. FUNDADORES, TEXTOS SAGRADOS E IGLESIAS	43
5. PECADO, LUTERO, PROTESTANTISMO	59

SEGUNDA PARTE

6. RELIGIÓN, ÉTICA Y POLÍTICA	79
7. VIDA COTIDIANA Y ESPIRITUALIDAD	93

TERCERA PARTE

8. NEURORRELIGIÓN	121
9. LA LIBERTAD	137
10. FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN	153
11. FINAL	159

Primera parte

I. Presentación

Es fácil encontrar textos que inciten a pensar la religión. En nuestro país, Eugenio Trías escribió un libro cuyo título era, precisamente, *Pensar la religión*. Pero la idea de pensar la religión puede resultar, como mínimo, confusa y, en muchos casos, interesada. Tomemos el caso de Hegel. Para este filósofo idealista y todoterreno, la religión se inscribe dentro de su sistema. De este modo, lo religioso es una pieza más de su filosofía. No es un análisis externo sino interno, y de esta manera se pierde la objetividad necesaria para saber qué es eso que llamamos religión. Por otro lado, la teología o la teodicea son extrañas a este breve texto que aquí presentamos. La teología forma parte del ejército intelectual de aquellos que quieren defender la confesión que profesan. Obviamente, dicho objetivo nos es del

todo ajeno. Y la teodicea, vestida con ropas filosóficas, es una auxiliar de la teología. No en vano intenta justificar a Dios. O, para ser más exactos, intenta justificar a Dios a pesar de la realidad del mal. Tiempo hubo, por cierto, en que después de la metafísica, que estudiaba el ser, se pasaba a la teodicea, que sería la pregunta por la causa del ser. Obviamente, la teodicea respondía con la existencia de un Ser Bueno. Huele a medievalismo ramplón. Produce perplejidad, sin embargo, que no han pasado muchos años desde que la universidad se presentaba con esas credenciales. Pero no hay razón alguna para dejar el estudio de la religión en manos de Iglesias, creyentes, teólogos o apasionados fieles. Para ser más exactos, que esté en las manos de quien lo desee, pero que a los demás no se nos escamotee la investigación. Porque la religión pertenece a zonas profundas de nuestro ser. En ese sentido es radicalmente antropológica. Son los humanos los que fantasean, crean mundos superiores al que nos ha tocado vivir, se ven necesitados de cobijo, rompen la barrera de lo que nos es posible conocer con nuestras limitadas capacidades produciendo, en fin, un conjunto de figuras que van más allá de las estrellas. A un observador venido de otra galaxia le maravillaría el poder imaginativo de los que habitan en la Tierra. Para

muchos de estos habitantes, las figuras en cuestión nos elevan y enriquecen por encima de nuestra pobre condición. Para otros muchos, nos alienan, son ficciones que acaban dominándonos sin que les corresponda entidad alguna. Es este el drama de la religión, el doble filo de su navaja. Lo que a unos les parece un camino a seguir porque los conducirá a un final feliz, otros, sorprendidos, lo contemplan como un terrible extravío, un engaño y un autoengaño.

Lo que sigue no intenta convencer ni a unos ni a otros. La intención no es otra sino viajar por el laberinto por el que discurren las religiones, ofrecer una fotografía lo más objetiva posible, cosa, sin duda, hartamente difícil. Juzgaremos cuando lo creamos oportuno, pero somos conscientes, cómo no, de que el último juicio pertenece a cada individuo. Añadamos, finalmente, que no es fácil encontrar textos que contemplen los hechos religiosos sin apostarse en una trinchera y disparar desde ahí. Describamos bien, como diría el admirado Wittgenstein, porque en la buena descripción está la buena dirección. Nuestro deseo en lo que sigue consiste en reflexionar, desde un punto de vista neutral y con las muy pacíficas armas de la filosofía, acerca del incuestionable hecho de que las religiones se extienden a lo largo de todo el globo. Y

lo haremos en dos apartados. En el primero trataremos de describir características que nos parecen esenciales del hecho en cuestión, haremos las oportunas distinciones y, lo contrario sería imposible, iremos deslizándonos nuestro juicio sobre aquello que nos parezca oportuno. En el segundo, y siempre en el mismo tono, nos fijaremos en aspectos más prácticos de la religión, como es el caso de su relación con la ética, con la política o con la vida cotidiana. Para hacer justicia a lo que exponemos, añadimos una, para nosotros decisiva, tercera parte, que trata del nuevo y apasionante campo de la neuroreligión. En buena medida es el hilo conductor y el objetivo de este libro.

Al final, creemos haber presentado un cuadro —muy sintético, sin duda, pero útil— que sirva para entender qué son las religiones. Es verdad que abundan, por ejemplo, «Historias de las religiones», y nos debemos alegrar de que existan tales publicaciones. Lo que suele faltar es un esquema que consiga aunar la historia, los modos de ser religioso y las derivaciones o los problemas que estos tienen y suscitan en tantos campos. En este sentido hemos intentado ofrecer una mínima y ágil «Filosofía de la religión». Hemos procurado que sea instructiva, que anime al estudio más concreto del tema y que ayude a la

vida de cada uno de nosotros. Porque el saber, ocupe lugar o no, nos es necesario para orientarnos en este mundo. Y el saber de la religión lo necesitamos de manera especial. Como hilo conductor de todo lo que digamos insistiremos en la importancia de conocer bien esa extraña manera de comportarse de los humanos, que consiste en crear un mundo que se superpone al que nos ha tocado vivir y que guiaría nuestra existencia. Hay gente que mira con indiferencia o pereza este tipo de estudios. Allá ellos. Por nuestra parte, y si somos sinceros, hemos de decir que quien no sabe una palabra sobre religión es como quien no ha contado nunca un chiste, aunque sea malo; como quien no se ha enamorado nunca, ni siquiera en sueños; o como alguien a quien no le gusta la música, incluso aceptando la *boutade* de Napoleón, para quien este regalo de las musas era el más soportable de todos los ruidos; o como quien no tiene amigos, que, por supuesto, no tienen por qué pasar en número los dedos de la mano. En cualquier caso, a cada uno le va la vida en ello. Por tanto, allá cada uno.

2. Lo religioso

Para el historiador Mircea Eliade la religión nos abre a lo más profundo del hombre. Para el sociólogo Émile Durkheim la religión es la primera manifestación de la vida comunitaria de los humanos. Para el sociobiólogo Edward O. Wilson la religión es, como los virus, una compañera inseparable en la evolución del ser humano, por lo que es del todo improbable que desaparezca. Y en los últimos tiempos se estudia con intensidad los sustratos neurológicos de la conducta religiosa. De ahí que haya aparecido una disciplina, la neurorreligión, que, aunque aún en pañales, nos puede ayudar a entender ese fenómeno complejo, misterioso y recurrente que hace que el ser humano proyecte sus fantasías y deseos en un cielo del que, al final, acaba dependiendo.

Por eso, y por mucho más, es ingenuo afirmar que la religión no merece estudiarse o que pertenece a un pasado que deberíamos olvidar. La religión lo invade todo y se difunde a través de todas las culturas. Y si bien es cierto que uno puede mantenerse indiferente ante lo que supone el hecho de ser religioso, no es menos cierto que el hecho religioso está ahí, imponente, a veces desbordándonos y otras golpeándonos. Porque de la misma forma que contemplamos ejemplos de entrega amorosa a los demás, nos horrorizamos ante persecuciones, torturas y crímenes realizados en nombre de la religión. Además, la misma indiferencia intelectual tiene sus límites. Viene a cuento el dilema que establecía Aristóteles respecto a la filosofía: o hay que hacer filosofía o no hay que hacer filosofía. Si es que hay que hacerla, se hace. Y si no hay que hacerla, también hay que hacerla para demostrar que está de sobra. Apliquémoslo a la religión. El filósofo británico Antony Flew es una muestra clara de esto último. Se pasó toda la vida escribiendo y enseñando Filosofía de la Religión para negarla. Conviene añadir que, cosas de la vida, ya muy mayor defendió, contra todo lo que había dicho antes, la probabilidad de un Ser Supremo.

Es habitual oír, ante el hecho en cuestión, que hemos de respetar a las personas que se ads-

criben a una determinada religión. Nada habría que objetar a dicho respeto si de lo que se trata es de no entrar en la esfera de la religión más íntima de cualquiera de los miembros de la sociedad. Pero el respeto ha de ser de ida y vuelta, porque las religiones no son solo opciones tomadas en lo más recóndito del alma humana, sino que se presentan y compiten en la escena pública. Se edifican iglesias, se proclaman dogmas a viento y marea, se exhiben procesiones y un sin fin de lugares de culto. Por eso, el creyente religioso también ha de respetar a quien juzgue si le parece o no que el iluminado Mahoma era un profeta o si la Trinidad es un concepto más inconcebible que los números irracionales. Quien habla se compromete con lo que dice y se expone a su aceptación o refutación. Le quedará siempre el refugio de la fe, pero, una vez más, independientemente de que desde fuera se interprete su actitud como una explosión de su emotividad, si trata de exponer su fe, tendrá que someterse a las objeciones y preguntas que cualquiera le pueda hacer.

Se ha discutido acaloradamente sobre la etimología del término «religión». Lo que equivale en nuestro lenguaje a esa palabra no lo encontramos en las lenguas indoeuropeas. La causa reside en que la religión lo impregnaba